



Poesía. Ur

El poeta peruano, Antonio Cisneros ha

Pérdida

¡Dónde estás! ¡Cómo te encuentro!
¿Acaso sólo eres un sueño efímero
que al despertar desaparece?
Entonces cómo hago para volver a soñar
y encontrarte sueño tras sueño
¿O quizá estás en mis desvelos
o en el tránsito de mis insomnios?
Entonces, ¿cómo hago para no dormir jamás?
Cómo hago para saber que siempre estarás
en ese instante que fue nuestro ayer
donde yo era corazón y tú realidad cruel.
Dime, quiero saber cómo te encuentro
para envolverme en aquel amor
en aquella indescriptible pasión
Dime, cómo hacer para no perderte otra vez.

Batalla eterna

Al amor me han llamado
y aquí estoy para afrontar la lucha eterna
Quizá no sea llamada héroe
cuando concluya mi faena
y se vea el resultado de la guerra
mas no podrán negar que fui valiente
al asumir el papel que me asignaban.

Al ver las heridas
quién ganó, quién perdió dirán
pero no podrán adivinar el suplicio letal
del que se desangró por amor
y de la que al martirio se entregó.

Al final quien pierda o gane
es lo que menos importancia tiene
lo que se debe tener presente
es el coraje de dos
que a sabiendas que perderán
se presentaron a la muerte.

Karla A. Ortiz Villegas. Oruro, 1978.
Compositora de música.



Antonio Cisneros

A pesar del invierno, recuerdo aquellos días con el cielo siempre azul, el sol redondo y un fuerte olor a mar limpio, fresco y sin aguaje. Mi primer librito, *Destierro*, recién salido de la imprenta de mano del poeta Javier Sologuren, era cosa mejor que un buen verano. Creo que entonces ya no tenía espacio para más felicidad. Fue en el año 1961.

Meses antes aparecieron, en la misma serie, *El río* de Javier Heraud y Orilla de Lucho Hernández. Todo el pamaso juvenil, en suma.

La *plquette*, de 300 ejemplares en color salmonado, me dejó como saldo un pan con chicharrón, dos empanadas de Solari, una coca-cola y, sobre todo, la desvergüenza necesaria para seguir publicando poesía.

Destierro tuvo una sola reseña, firmada por mi amigo Julio Ortega, en el diario *La Tribuna*. Diario semiclandestino, no por avatares de la política, sino por su modesta circulación.

Así y todo, durante una semana, en mis interminables caminatas por el jirón Camaná y los alrededores de la plaza Francia, me acompañó la sensación inminente de ser reconocido por las masas, mis lectores, felicitado, requerido para un autógrafo o, tal vez, alguna consulta sobre un verso oscuro pero intenso. Nada de esto ocurrió.

Una vez (aún tiemblo de emoción) sorprendí a un estudiante hojeando, presuroso, mi ópera magna entre los anaqueles de la librería Studium. Lo seguí con los ojos, la respiración entrecortada, traté de acercarme, decirle que yo era el autor. Vanos deseos. Dejó el libro, como quien abandona una revista vieja en la antesala del dentista, y se enfascó satisfecho en el primer capítulo de la *Lolita* de Nabokov.

Al año siguiente, también en la maravillosa minerva de Sologuren, apareció *David*. A diferencia de *Destierro* (pleitos literarios entre el mar y la ciudad), éste fue un librito más logrado. En todo caso me acercaba al ideal del escritor: decir lo que se quiere y no, simplemente, lo que se puede.

La historia del rey bíblico, contada desde la perspectiva del común. Una mezcólanza de lenguajes antiguos y modernos, cierta ironía, al servicio de la desmitificación. De algún modo *David* fue perdonado porque era rey y su espiritualidad no superaba los límites del deseo por la rolliza Betsabé. Elemental, reconozco, pero (como dicen) bien sentido.

Es un poemario que quiero y, hasta ahora, me gusta. En su momento fue recibido con beneplácito por diversas publicaciones. Inclusive, Luis Alberto Ratto y José Miguel Oviedo, manes y lares del periodismo cultural de los años 60, tuvieron una polémica en tres rounds en las páginas de *El Dominical*. No tanto a causa de *David*, es verdad, aunque el librito fue el pretexto para un ajuste de cuentas literarias, algún lío de pelos y pelajes que no recuerdo más.

Fui, por entonces, una "joven promesa que apunta y se perfila". Nombrado en los recuentos de fin de año, presente en los recitales de la Católica y San Marcos y, de refilón, en los mítines políticos contra el segundo gobierno de Manuel Prado. Ni envidioso ni envidiado, según el ideal de Fray Luis, me sentía querido por mis compañeros, mi barrio y la plena humanidad.

En el 64 publiqué *Comentarios Reales*. Que, al año siguiente, ganó el premio nacional con el voto en contra de una doctora (cuyo nombre sí recuerdo) ofendida por las blasfemias, reales o supuestas, del poemario en cuestión.

Sus dos ediciones de 2 mil ejemplares cada una me colocaron, inevitablemente, en la palestra. En la picota también, pues pronto comprendí que las jóvenes promesas premiadas, fotografiadas y entrevistadas pierden poco a poco, ese amor que la patria de las letras concede, en exclusiva, al dulce anonimato.

Comentarios reales es un libro al que, francamente, no le guardo demasiado aprecio. Sin embargo es una de mis obras más recordadas, citadas y, eventualmente, festejadas por el lector.

Mi desgano ante sus páginas se debe a la excesiva pretensión. La cosa era meter toda la historia del Perú, desde los chamanes de Pachacámac hasta el asesinato de Javier Heraud, en un volumen. Pasando, claro está, por las barbas de los conquistadores, los esclavos, los obispos, los siervos y Túpac Amaru con los cuatro caballos descuartizados.